

4
LA FAMA

LA FAMA

FOR OUIDA,

Ramée, Suisse de la, 1839-1908 angl.

CDD 208.231

TRADUCIDO POR LA SEÑORITA

LUCILA CORTÉS

~~~~~  
1882  
~~~~~

BOGOTÁ

IMPRESA DE "LA LUZ"

LA FAMA.

Era en Munich, en un hermoso día, á principios del verano; la extensa llanura parecia un océano de verdor con flores á manera de espuma; los Alpes del Tirol y del Voralberg se delineaban distintamente á lo lejos sobre el cielo ardiente y límpido. Más abajo, á lo largo de las riberas sinuosas del rio, se levantaban grupos de hayas y de abedules en todo el esplendor de su tierno follaje, y la blancura de los grandes nenúfares resaltaba sobre el fondo oscuro que les oponia la vieja armadura de los molinos. Potes de albahaca, hileras de guisantes odoríferos, ramos de alélfes, florecian en las antiguas calles pintorescas, bajo las vigas carcomidas de cada torrecilla, en todas partes, con tal que hubiese encima un pedazo, por pequeño que fuese, de cielo azul, y en la vecindad una mano cuidadosa de mujer; mientras que del otro lado de las torres y los campanarios, más allá de las campanas vibrantes de la *Domkirche* y el coronamiento, en forma de melon, de la *Frauenkirche*, más allá de todas las cúpulas, de todas las flechas, de todos los minaretes en que abunda la ciudad, las palomas remolineaban desde la aurora hasta la puesta del sol, formando como nubes pardas y azulosas, negras y blancas, felices como no pueden ser sino los pájaros, y como no pueden ser entre los pájaros sino esas palomas privilegiadas de Venecia y de Munich, que tienen por refugio y por graneros de abundancia todos los techos

y todos los hogares de la ciudad, con el cielo entero por dominio.

En la ciudad nueva, vasta y triste, el calor y el polvo eran intensos; las grandes plazas parecían vacías y de un brillo deslumbrador; los frescos presuntuosos embutidos en los monumentos, parecían manchas; los pórticos y los frisos carecían de todo lo que constituye el encanto de los frisos y los pórticos en Italia; la sombra profunda, la atmósfera ardiente, el sentimiento del espacio incomensurable y de la luz eterna, las figuras medio desnudas, graciosas, aéreas, los grandes techos avanzados, las fuentes bullidoras, la oscura silueta de una trenzadora de paja, de piés descalzos, al pasar por la ancha zona iluminada por el sol, la vieja lámpara de bronce encima de la urna pintada, la puerta que sirve de marco á un paisaje etéreo con horizontes de anatis-ta, con calles de olivos de plata blancos, todo eso falta á las malhadadas copias del arte italiano, que parecen extrajeras bajo el cielo de Alemania, y que chocan por la falta de armonía, por no sé qué de disonante; pero el antiguo Munich posee todavía su carácter simpático y original. Las fachadas de madera, los tableros de las puertas esculpidas, las gruesas paredes, las insignias de oro iluminadas, las murallas abrasadas por el sol, las iglesias pardas, las fortalezas avanzadas, las muestras de peltería y de juguetes sencillos, nada falta al viejo Munich de los *Minnesingers* y de los francmasones, de los estudiantes y de la clase média; sí, siempre es el Munich de la *Schoeffertanz* y de la alegre feria de Christchild. El viejo Munich se mantiene lejos de las innovaciones: sus muchachas llevan todavía en la cabeza pañuelos de colores y calzan ruidosos zuecos; sus estudiantes se parecen todavía á las viñetas de las baladas, con sus largos cabellos sobre los hombros y su manto gris arrogantemente llevado; algo con el olor y el aspecto de la edad média flota aquí, ese algo que úno vuelve á encontrar en un rollo de pergamino amarillo por mucho tiempo olvidado en el fondo de un mueble, junto con

hojas de rosas secas y un retrato sin nombre. El Munich del rey constructor, Luis, es grande sin duda; pero exhala fastidio á causa de sus montañas de mármol y de granito, de sus fanegas de telas más ó menos divinas, de sus largas y derechas calles en donde úno cae de fatiga, de sus frescos, cuyas figuras desnudas tiemblan bajo el riguroso viento de los Alpes; hay ausencia absoluta de gracia en ellos, como la hay en esa pesada estatua de Baviera, de bronce, que domina la llanura y en cuyo casco caben muy bien seis hombres, pero cuyos ojos carecen de mirada y la boca de expresion. Uno se va bostezando del Munich moderno, que imita torpemente á Atenas y Roma, pero deplora en cambio que el azadon de los demolidores haya atacado al viejo Munich histórico y romántico, humilde y curioso á la vez. ¿Cómo ha podido tener un hombre valor para destruir esa reliquia del pasado y poner en su lugar figuras de yeso nuevas? Vagar por el antiguo, por el verdadero Munich, — del que ya no queda mucho por desgracia! — os causa el mismo placer que leer una balada en caracteres primitivos sobre Enrique el Leon ó el emperador Max: hay rincones sombríos, arcos atrevidos, escudos caprichosamente tallados, torres y torrecillas, irregularidad armoniosa; en una palabra, todas las seducciones que poseen las ciudades antiguas en general y las ciudades antiguas teutónicas en particular; en los dias de fiesta, cuando el tumulto de una feria, por ejemplo, anima las calles, ó cuando la procesion del *Corpus Christi* pone en movimiento sobre el piso de madera, cubierto de una capa de flores, al rey, la corte y la iglesia, las corporaciones, el senado y la magistratura, es fácil olvidar la éra presente y remontarse á esa época lejana que ha valido su nombre á la ciudad, á la época en que los monjes estudiaban silenciosamente en sus celdas, mientras que á su rededor resonaba el choque de las espadas, el eco incesante de las batallas.

Era, pues, el dia de *Corpus Christi* en Munich, y tanto la nueva como la antigua ciudad se habían ador-

naído con guirnaldas, cortinajes, banderas, para el paso de la gran procesion que salia de la iglesia; el Arzobispo habia bendecido á la multitud, el rey habia descubierto su noble cabeza ante el sol y el Espíritu Santo; todo lo de ese año habia terminado yá, y el pueblo se regocijaba, bien persuadido de que Dios estaria en adelante con él y con la ciudad, con el pueblo de los barrios antiguos sobre todo, que profesa culto especial por tales ceremonias. Ese pueblo se compone de familias honradas y piadosas, que trabajan constantemente y viven bien, felices y alegres, además, con una alegría tranquila; sus antepasados eran así en los tiempos en que Gustavo Adolfo comparaba á Munich con una silla de oro sobre un caballo flaco.

Las estériles llanuras que representaban el caballo flaco en cuestion, no producen sino heno, y, sin embargo, esta verdura les da una apariencia de riqueza; el domingo y los días feriados, todos los obreros en masa, hombres, mujeres y niños, van allí á pasar sus ocios bajo los cerezos que abrigan los ventorrillos pintados de azul ó blanco, á lo largo del rio, porque uno hace pronto por alcanzar las aguas rápidas del Izar, no ya rojas de sangre como al dia siguiente de Hohenlinden, sino siempre tumultuosas; las lavanderas mojan allí sus brazos desnudos; los perros zabullen en los lugares en que la corriente se ha interrumpido, sea por un dique, sea por el exuberante crecimiento de los juncos; la yerba brota alta y tupida bajo el paso de los estudiantes y de las jóvenes que la pisan cariñosamente, mientras que en alas del viento vuelan trozos de un aire ya melancólico, ya alegre, segun el humor del músico que toca la guitarra. Baviera en esta estacion está llena de frescura y alegría. Carretas cargadas de alegres expedicionarios ruedan noche y dia por entre los alisos, para ir á un baile campestre ó á la residencia de verano de una familia amiga. Todo el que tiene un *hereutzer* que gastar, se permite el lujo de un vaso de cerveza y de un poco de aire puro; los ancianos fuman en su taberna fa-

vorita, en pipas de porcelana pintada, mientras los jóvenes vagan de dos en dos bajo la sombra de los árboles.

Ese día, sobre todo, era así. No celebrar con algún regocijo una fiesta tan grande, hubiera sido verdaderamente muy extraño. Para eso hubiera sido necesario ser sólo en el mundo, y sólo en el mundo, ay! era, en efecto, Christian Winter. Sentado á la ventana de su boardilla, miraba desde aquella altura el alegre bullicio de la multitud, tan alejado de ella como lo había estado toda su vida de la felicidad, y pensaba en los días de una juventud lejana, la suya. Su miserable vivienda en un arrabal de la ciudad, del otro lado del Isarthor, formaba parte del ático de una alta casa de madera, en donde numerosas familias pobres se amontonaban como cornejas en un muro viejo. Detrás de la casa había un jardín, si así se puede llamar una confusión de yerbas de donde salían dos manzanos caducos, que desde hacía largo tiempo no daban fruto, y dos castaños de India. Por delante de la puerta de entrada pasaba el camino con su guarnición de árboles deslumbrantes de verdura; y al otro lado del camino se precipitaba el río, siempre turbulento y de un verde oscuro como el del mar.

Christian Winter, apoyado en su ventana, miraba, pues, á las gentes de la ciudad correr á sus placeres; tenía hambre, y no quería convenir en ello. Sus vestidos estaban descosidos. Sin embargo, era todavía un hermoso anciano; sus cabellos, blancos como la nieve, armonizaban muy bien con sus facciones delicadas y nobles, que revestían un tinte uniformemente moreno. La edad y la debilidad habían encorvado su alto talle, y estaba flaco hasta tal punto, que se podía mirar al través de los tejidos empobrecidos de su mano cuando la ponía contra el sol; pero así como estaba, Christian Winter quizás hubiera podido todavía ganarse la vida, si se hubiera sentado en los talleres para copiar á Belisario mendigo, al rey Lear en la tempestad ó á Calas en el cadalso. El orgullo le alejaba del arte del

modelo, porque era pintor, aunque el mundo no hubiese querido concederle nunca ese título, ni siquiera oír hablar de él. ¿Por qué? Nadie podría decirlo; la fama tiene sus rarezas; ella concede y rehusa los favores de que dispone, con un capricho que parece burlarse de los hombres: algún accidente, la falta de ocasiones, cierta desconfianza de sí mismo, el aislamiento, el ignorar esos medios que apresuran el buen éxito, una ó otra de esas cosas, ó quizá todas reunidas, lo habían mantenido oscuro y sin nombre; empero, él pintaba siempre, y en sus largos años de miseria nunca había podido sujetarse á hacer otra cosa.

Christian Winter recordaba, pues, su propia vida al mirar el alegre torrente de la vida de los demás esparcirse al través de la llanura. El destino lo había condenado á ver rodar siempre la ola de las prosperidades de este mundo, dejándolo á él atrás, como rodaban hoy la ola del pueblo endomingado y la del Isar, una al lado de la otra, ruidosamente y sin tregua. Pensaba en su juventud, en su juventud ambiciosa, impaciente, llena de ilusiones, de ilusiones tan tenaces, que el cañon de Jena ó el de Wagram habían tenido muy poco éxito para disiparla. Muy niño conoció la indigencia, pues era hijo de un calderero de Munich, el menor de una numerosa familia, golpeado y maldecido de la mañana á la tarde, porque se alimentaba de sueños vanos, mientras que los otros trabajaban con sus brazos; pero, á pesar de los golpes y los reproches, se había dicho siempre á sí mismo:

—Seré pintor.

Mientras corría la sangre en los campos de batalla, había tenido los ojos levantados hácia la sonrisa divina del arte, y no había visto otra cosa. Por amor al arte había ido descalzo hasta Italia, y allí había estudiado, meditado, luchado, tanto que, despues de la fiebre de un esfuerzo tan grande, había llegado á esa paz sublime que se encuentra en el sentimiento de la fuerza propia. Había creído en sí mismo; eso es mucho,